

# CAPACITARNOS PARA LA SOSTENIBILIDAD<sup>1</sup>

---

**Joseba Martínez Huerta**

*Noviembre 2017*

**Joseba Martínez Huerta** - Profesor de Educación Secundaria y Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación. Autor de numerosos artículos y publicaciones, trabaja como asesor en Ingurugela (Centro de Educación e Investigación Didáctico Ambiental, dependiente del Gobierno Vasco) dinamizando proyectos de educación para la sostenibilidad.

Esta publicación no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores. Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)

---

<sup>1</sup> Este tema se trata de forma más extensa en Martínez Huerta, J. (2017). *Las alas de la oruga. Capacitarnos para la sostenibilidad*, BN.



Cuando la oruga forma la crisálida, comienza un proceso de transformación profunda. De ahí surge un ser que, siendo el mismo, ha experimentado severas reorganizaciones morfológicas y fisiológicas. Lleva una vida diferente. Esta puede ser una buena metáfora de lo que necesitamos. No se trata de encontrar “soluciones” para determinados “problemas”, sino de hallar un modo de vida distinto.

## MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS

*“Somos lo que hacemos y, sobre todo, lo que hacemos para cambiar lo que somos”.*

*Eduardo Galeano*

Lo sostenible ha pasado a formar parte de nuestros discursos. Hasta tal punto que su uso resulta abusivo. Este énfasis en lo sostenible se convierte, a veces, en llamadas bien intencionadas, otras, simplemente, en un lavado de imagen. Con frecuencia significa que estamos hablando de una opción un poco mejor, desde el punto de vista ambiental, que otras alternativas. Pero pocas veces responde a su genuino significado, que supone conectar la actividad humana con la biosfera, respetando los límites del planeta, para asegurar una vida digna a todos los seres humanos a largo plazo.

Vivimos, como apunta Engelman (2013), en la “era de la sosteniblabilidad” en la que una cosa son las palabras, y otra son los hechos. Como reconoce el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, “las tendencias de los pasados 20 años muestran que, en muchos aspectos, el desarrollo no ha sido sostenible (PNUD, 2012). Y, según el informe elaborado por el Grupo de Alto Nivel sobre la Sostenibilidad Mundial (2012), ello ha sido debido en gran medida a “un fallo de voluntad política”. La retórica de las cumbres mundiales —sobre cambio climático, biodiversidad, economía verde, etc.— no es suficiente para impulsar la transición. Las instituciones de gobierno declaran que van a promocionar políticas acordes con la sostenibilidad, pero, por lo general, la práctica las desmiente. Sin embargo, esto no solo ocurre con las instituciones de gobierno. Con demasiada frecuencia resulta que aceptamos la literatura, pero no los compromisos, manipulando el término sostenible, y vaciándolo de contenido transformador para convertirlo en un icono (Bermejo, 2014).

Necesitamos construir una nueva civilización capaz de garantizar una vida digna a todas las personas que habitan este planeta. Para ello son necesarios cambios profundos en los modos de vivir, de producir, de organizar el territorio, de diseñar las ciudades y, en definitiva, en los valores que guían todo lo anterior.

Pero esta gran transformación se topa con grandes obstáculos. Los grupos privilegiados se resistirán con fuerza a perder posiciones, intentarán bloquear la transformación, presionarán para que no cambien unas reglas de juego que les favorecen. Los mercados serán incapaces de proporcionar un nuevo futuro ecológico por sí solos, y con los intereses creados que los guían. Los gobiernos tienen que custodiar los bienes públicos, deben hacer política para el bien común, tienen que intervenir para acelerar y dirigir la transición. Pueden promocionar políticas acordes con la equidad y la sostenibilidad —eliminación de subsidios perversos, internalización de las externalidades, cooperación y solidaridad internacional, disminución de las desigualdades y erradicación de la pobreza, desarrollo de tecnologías apropiadas, etc.—, pero hasta ahora, han tendido a echarse atrás a la hora de acometer este tipo de medidas. Nuestro éxito o fracaso al dirigirnos hacia una nueva prosperidad sin crecimiento (Jackson, 2011) dependerá de si nuestros líderes políticos establecen unas metas (mundiales y nacionales) claras, y adoptan marcos vinculantes de acción que garanticen una transición rápida y equitativa. Pero no podemos esperar a que nos entreguen las soluciones, porque no lo van a hacer sin la presión necesaria. Otro importante obstáculo para el cambio es la inercia de nuestro modo de vida. Nos encontramos bajo la “tiranía de los modos de vida” que nos imponen unas expectativas de comportamiento —consumir, integrarnos en el mundo económico y tecnológico, etc.— a las que nos adaptamos sin poder controlarlas (Hunyadi, 2015). Así, apuntalando la red de actores empresariales poderosos, cuyos intereses chocan con tanta frecuencia con el interés público, están las aspiraciones, los deseos y la capacidad de compra de cientos de millones de personas. La seducción del consumismo (ayudado por un gasto publicitario enorme) ha demostrado ser casi irresistible. Los automóviles son un claro ejemplo. Siguen siendo uno de los símbolos fundamentales de estatus de la humanidad, y se consideran frecuentemente como una representación de libertad y de autonomía (Renner y Prugh, 2014).

Los seres humanos formamos parte de culturas que influyen decisivamente en nuestro modo de vida. Estas culturas —y las normas, relatos, rituales, valores, tradiciones y símbolos incorporados a ellas— guían nuestras elecciones, desde qué comemos y cómo criamos a nuestros hijos e hijas hasta cómo trabajamos, nos movemos, jugamos y celebramos nuestras fiestas. En algunas de las sociedades —incluida la nuestra— el consumismo es un patrón cultural dominante. Resulta tan “natural” que es difícil incluso imaginarse un modelo cultural diferente. Determinados bienes y servicios —desde aire acondicionado, casas más grandes, coches, viajes de vacaciones, animales de compañía, etc.— se



consideran un derecho, susceptible incluso de ayuda social. Sin embargo, se trata de una forma de vida apuntalada por enormes cantidades de dinero —invertidas anualmente en publicidad, subvenciones, desgravaciones de impuestos, relaciones públicas, etc.— y por la inercia de grupos sociales que hemos vivido el espejismo del consumo (Assadourian, 2010).

Hacer frente a esta realidad implica un cambio de valores, es necesario un profundo cambio que no resulta fácil. Cambiar cuesta<sup>2</sup>, pero es posible. Podemos y debemos sustituir la cultura del consumo por una cultura de la sostenibilidad, porque este estilo de vida está llevando al colapso a los ecosistemas que mantienen la vida, y socavando el bienestar de multitud de seres humanos.

## HACER POSIBLE LO NECESARIO

*"Las tendencias y las eventualidades sólo nos dicen lo que es probable. Las probabilidades son abstracciones. Las posibilidades son la esencia de la vida, las visiones para actuar, las puertas para atravesar".*

Tom Atlee

La transformación parece imposible, pero no sería la primera vez, ha ocurrido antes. Es más, se ha repetido a lo largo de la historia. Surge una iniciativa inconformista, un mensaje nuevo que al principio es marginal, apenas se percibe, pero va tomando fuerza y se extiende. Así comenzaron las grandes religiones, el capitalismo, la ciencia moderna, y otras realidades históricas. Cuando pensamos que, en cada etapa de ese pasado, la etapa siguiente era inconcebible, imposible de imaginar y de predecir, ¿cómo no pensar que en el futuro ocurrirá lo mismo? (Morin, 2011). El surgimiento de lo inesperado, y la aparición de lo improbable, constituyen, en efecto, motivos de esperanza. También lo es la convicción de que toda crisis conlleva riesgos y oportunidades, y, como decía Hölderlin, "donde crece el peligro también crece aquello que salva".

Es tentador mirar para otro lado cuando descubrimos la magnitud del reto que tenemos por delante. Pero hemos de arrimar el hombro porque, como recordaba Winnie Byanyima, Directora Ejecutiva de Oxfam Internacional, "los gobiernos no entregarán las soluciones que necesitamos a menos que más y más personas levanten sus voces". Para ello, nos pueden servir de inspiración las palabras de la eco-filósofa Joanna Macy, que a sus 81 años, declaraba: "cavilar sobre si estás esperanzada o desesperada, o pesimista u optimista...¿qué más da? Lo importante es que aparezcas, que estés ahí". Casi todo lo que hagamos será insignificante, pero es importante que lo hagamos para avanzar en el gran peregrinaje que nos permita pasar de un modelo político, social y económico autodestructivo a uno acorde con los límites del planeta y de la dignidad humana (Macy, 2003).

La posibilidad de procurar una vida digna y aceptable para todos los seres humanos en un planeta sano es una posibilidad real. El mundo nunca había sido tan rico, y ahora mismo disponemos de todos los conocimientos, herramientas y destrezas que necesitamos. Los obstáculos no son técnicos, prácticos ni financieros, sino políticos, sociales e ideológicos.

Debemos ser capaces de generar grandes mayorías para el cambio. "Pese a las circunstancias adversas, existe la motivación para la acción colectiva, y tenemos ante nosotros la materia prima con la que construir nuevas y poderosas alianzas sociales y políticas. Tenemos la gente, las ideas, y en conjunto incluso el dinero. Lo que nos falta es confianza suficiente en nosotros mismos, enraizada en la conciencia colectiva de nuestra fuerza y nuestra capacidad, históricamente demostrada, para generar cambios positivos (George, 2010).

En vista de la inercia gubernamental y de que muchos procesos de decisión son rehenes de las grandes empresas, se requiere más que nunca una presión política fuerte y persistente de abajo arriba (Renner y Prugh, 2014), porque "es frecuente que las mejores percepciones vengan desde abajo: desde la gente... cuya experiencia vital hace que entiendan el funcionamiento del poder, no porque lo ejerzan sino porque están sometidos a él" (McKibben, 2013).

De hecho, el cambio ya ha comenzado, "la salvación ha empezado por la base". En lugares diversos existen multitud de iniciativas encaminadas a la regeneración política, económica, social, educativa, etc. Son expresión de búsquedas que se están haciendo —para profundizar en la democracia y en la sostenibilidad de nuestras prácticas, potenciando lo común y el cuidado— en diferentes lugares, desde las grandes ciudades a los pequeños pueblos, desde los países más industrializados a los menos. Son

<sup>2</sup> Cambiar "duele". Según muestran diversas investigaciones, seguir la rutina, es una tarea que corresponde a los ganglios basales, los pilotos automáticos cerebrales que utilizan mucha menos energía que la corteza prefrontal, la parte del cerebro que utilizamos en las tareas más difíciles o no habituales. Y la cuestión es que la percepción de un mayor gasto de energía cerebral es como la del dolor.



todavía iniciativas dispersas, marginales, “invisibles”, pero que si las conectamos y desarrollamos adecuadamente pueden formar una masa crítica, nos pueden conducir a una metamorfosis que todavía somos incapaces de concebir.

Para cambiar el sistema es clave cambiar el paradigma (Meadows, 2009), es decir las ideas y creencias compartidas que modelan una cultura y una visión de la vida. Cambiar el modelo consumista actual para avanzar hacia la sostenibilidad y la equidad es un inmenso reto. Unas tecnologías apropiadas, ecoalfabetización, mercados en armonía con el bien común y capacidad organizativa son herramientas indispensables en la transición. Sin embargo, no son suficientes. Solo nos encaminaremos hacia la sostenibilidad si logramos aplicar lo que sabemos a las relaciones económicas y políticas que nos unen con los demás seres humanos y con el planeta donde vivimos (Prugh y Renner, 2014). Para conseguirlo, necesitaremos integrar enfoques múltiples y esfuerzos en diferentes ámbitos, con formas de trabajo tanto “de arriba abajo” (desde las instituciones y los gobiernos) como “de abajo arriba” (desde la sociedad civil y la ciudadanía), y actuando a distintas escalas —personal, familiar, local, nacional e internacional— (del Río, 2015).

### ¿CÓMO CAMBIAR?

*“La forma más habitual de renunciar a nuestro poder es pensar que no tenemos ninguno. Nuestra verdadera fuerza consiste no en perfeccionar nuestra capacidad para elegir lo que se nos ofrece en un menú limitado, sino en decidir qué se incluye en ese menú. Asegurémonos de que todas las opciones que se ofrecen nos acercan un poco más a la sostenibilidad y a la justicia. Ese es el tipo de cambio que necesitamos. Y únicamente podemos conseguirlo trabajando unidos”.*

Alice Walker

Intuimos que hemos de vincular la mejora de nuestras actuaciones individuales con otros cambios más amplios ligados a las tecnologías, los modelos culturales y de producción, las políticas, la legislación, las infraestructuras... Pero ¿cómo generar la transformación?

Leonard (2013) propone tomar como referencia estudios de casos donde se han conseguido cambios transformadores en el pasado como, por ejemplo, el movimiento por la independencia de la India, la movilización antiapartheid en Sudáfrica o la llevada a cabo en defensa de los derechos civiles en Estados Unidos. Estudiando estos casos, llega a la conclusión de que deben darse al menos tres factores.

Primero, debe existir una idea de cómo serían las cosas si cambiaran. Para movilizar a la gente más allá de acciones fáciles, se debe proponer una visión ilusionante, potente y atractiva, lo suficientemente convincente como para que la gente desee trabajar de forma intensa y prolongada, ya que esta es la forma de alcanzarla.

Segundo, es necesario superar el ámbito de las acciones individuales para construir una poderosa alianza por el cambio. Hemos de juntarnos con otras personas para conseguir la fuerza que promueva el nivel de cambio necesario para hacer realidad esa visión de futuro. Como nos recuerda George (2010), a lo largo de la historia hemos comprobado una y otra vez que la gente coopera cuando sabe que forma parte de un grupo, siente sólidos vínculos con los demás miembros de ese colectivo, y tienen voz y voto en la gestión del recurso común. La reciprocidad es una estrategia que garantiza no solo la supervivencia sino también la prosperidad.

Y tercero, hemos de actuar, trabajar activamente para desarrollar un compromiso colectivo por el cambio político y estructural. El cambio real ocurre cuando la ciudadanía se une para exigir reglas que funcionen. Así lo hicieron los movimientos sociales transformadores. No se limitaron a perfeccionar las decisiones del día a día, cambiaron las reglas de juego.

Sabemos que los individuos no siempre actúan de forma egoísta, sino que también tienen en cuenta los intereses de *los otros* y el medio natural. Mark van Vugt, psicólogo social, afirma que para que cooperemos hemos de confiar en otras personas y percibir que nuestras sociedades son justas. Así, para la correcta gestión de recursos comunes, este autor propone una estrategia basada en cuatro pilares: información, identidad, instituciones e incentivos. Se trata de cuatro factores que influyen de forma significativa en la toma de decisiones relacionadas con dilemas sociales (van Vugt, 2009).

Las personas deben tener *información* precisa sobre la gravedad de la situación y lo que pueden hacer. Diversas investigaciones han puesto de manifiesto, por ejemplo, que la incertidumbre ambiental, debido a un recurso fluctuante lleva a los individuos a subestimar el daño de sus acciones y a explotar el recurso hasta el punto del colapso. Una correcta información puede reducir la incertidumbre y permitir hacer opciones más sostenibles. Hemos de reconocer, sin embargo, que muchos aspectos de la toma de



decisiones relacionadas con la sostenibilidad son intrínsecamente inciertos, especialmente a escala global.

La *identidad* social, el sentimiento de pertenecer a un grupo social, influye en nuestra conducta. Diversas investigaciones muestran que cuando la gente se siente más conectada a su comunidad está más dispuesta a actuar en interés del grupo (para conservar el agua durante una sequía, por ejemplo).

En nuestro tecnológico y culturalmente complejo mundo moderno muchos recursos escasos son gestionados por *instituciones*, desde compañías privadas que suministran agua hasta gobiernos que regulan la contaminación atmosférica mediante cuotas. Las instituciones, como las personas, pueden ser percibidas como dignas de confianza o no, y la clave para construir confianza es la justicia.

Los *incentivos* también funcionan cuando penalizan el consumo excesivo y recompensan el uso responsable. Sin embargo, algunos sistemas de incentivos son más eficaces que otros. Las sanciones pueden ser incluso contraproducentes si se consideran injustas y/o distorsionan la comprensión de un problema ambiental (como esencialmente de carácter económico, por ejemplo).

Sabemos por experiencia que la exhortación no funciona, al menos no a gran escala. Es preciso constituir mayorías sociales que impulsen y exijan cambios, y construyan alternativas frente a poderes económicos y políticos que mantienen un desarrollo insostenible, cuyos beneficios están, además, injustamente repartidos. Avanzar hacia la sostenibilidad requiere más igualdad y confianza, así como instituciones que contribuyan a ambas. De esta forma, lo individual y lo local pueden vincularse y establecer relación con lo global (George, 2010).

No existe una solución infalible para conseguir la sostenibilidad y la equidad; no hay una estrategia única. Debemos integrar esfuerzos en ámbitos muy diferentes, pero si algo tienen en común es la necesidad de empoderar y responsabilizar a la gente para generar una profunda cultura de participación ciudadana. En este contexto, la actuación individual es importante, pero lo es aun más la acción de las personas unidas en comunidades y movimientos (Prugh y Renner, 2014).

En esta tarea, aun siendo conscientes de sus límites, reconocemos con Freire (2006) la fuerza de la educación para intervenir en el mundo, sabiendo que no solo somos objeto, sino también sujetos de la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

**ASSADOURIAN, E.** (2010). "Auge y caída de la cultura consumista", en Worldwatch Institute, *La Situación del Mundo 2010*, FUHEM - Icaria, Barcelona.

**BERMEJO, R.** (2014). Del desarrollo sostenible según Brundtland a la sostenibilidad como biomimesis, Hegoa, Bilbao.  
<http://publicaciones.hegoa.ehu.es/publications/315>

**DEL RÍO, J.** (2015). *Guía del movimiento de transición*, Los libros de la catarata, Madrid.

**ENGELMAN, R.** (2013). "Más allá de la sostenibilidad", en The Worldwatch Institute, *¿Es aún posible lograr la sostenibilidad? La situación del mundo 2013*, FUHEM-Icaria, Barcelona.

**GEORGE, S.** (2010). *Sus crisis, nuestras soluciones*, Barcelona, Icaria- Intermón Oxfam.

**GRUPO DE ALTO NIVEL SOBRE LA SOSTENIBILIDAD MUNDIAL** (2012). *Gente resiliente en un planeta resiliente: un futuro que vale la pena elegir*. Naciones Unidas.  
<http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/PoliticaExteriorCooperacion/Desarrollosostenible/Documents/Nota%20del%20secretario%20general%20al%20informe%20sobre%20sostenibilidad%202012.pdf>

**HUNYADI, M.** (2015). *La tiranía de los modos de vida. Sobre la paradoja moral de nuestro tiempo*, Cátedra, Madrid.

**JACKSON, T.** (2011). *Prosperidad sin crecimiento: Economía para un planeta finito*, Icaria, Barcelona.

**LEONARD, A.** (2013). "Avanzando del cambio individual al cambio social", en The Worldwatch Institute, *¿Es aún posible lograr la sostenibilidad? La situación del mundo 2013*, FUHEM - Icaria, Barcelona.

**MACY, J.** (2003). *Volver a la vida*. Desclée de Brouwer, Bilbao.



**MCKIBBEN, B. (2013): "Movements without leaders. What to make of change on an overheating planet".** *Guernica, a magazine of art and politics*, 19 de agosto de 2013. <https://www.guernicamag.com/daily/bill-mckibben-movements-without-leaders/>

**MEADOWS, D.** (2009). "Leverage Points: Places to Intervene in a System", *Solutions for a Sustainable and Desirable Future*. <http://www.thesolutionsjournal.com/node/419>

**MORIN, E.** (2011). *La Vía. Para el futuro de la humanidad*, Paidós, Barcelona.

**PNUD (2012).** *El futuro sostenible que queremos*. Informe anual 2012. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. <http://www.undp.org/content/undp/es/home/librarypage/corporate/annual-report-2011-2012--the-sustainable-future-we-want.html>

**PRUGH, T. y RENNER, M.** (2014). "Una llamada a la participación", en The Worldwatch Institute, *Gobernar para la sostenibilidad. La situación del mundo 2014*, FUHEM - Icaria, Barcelona.

**RENNER, M y PRUGH, T.** (2014). "A falta de una gobernanza", en The Worldwatch Institute, *Gobernar para la sostenibilidad. La situación del mundo 2014*, FUHEM - Icaria, Barcelona.

**VAN VUGT, M.** (2009). "Triumph of the Commons", *NewScientist* No. 2722, 22 de agosto. <http://www.professormarkvanvugt.com/images/files/van%20Vugt%202009%20-%20Triumph%20of%20Commons.pdf>